

LA SIGNIFICACION DEL PENSAMIENTO DE UNAMUNO (A LOS 25 AÑOS DE SU MUERTE)

Reproduzco aquí, sin alteración alguna, las palabras que pronuncié en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca al conmemorarse académicamente los veinticinco años de la muerte de Unamuno, el día 15 de enero de 1962, ya que por coincidir el aniversario de su muerte (31 de diciembre de 1936) con el período no lectivo de Navidad, se trasladó a aquel otro día.

* * *

Se han cumplido, apenas hace unos días, veinticinco años de la definitiva visita que su vieja amiga y enemiga la muerte hizo a Don Miguel de Unamuno. Vino, como él había previsto poéticamente, silente y súbita, según escribió algo más de treinta años antes:

...“Tal vez cuando muy pronto
vengan para anunciarme
que me espera la cena,
encuentren aquí un cuerpo
pálido y frío
—la cosa que fui yo, éste que espera—
como esos libros silencioso y yerto,
parada ya la sangre,
yeldándose en las venas,
el pecho silencioso
bajo la dulce luz del blando aceite,
lámpara funeraria”.

Con su muerte culminaba aquella gigantesca y generosa cosecha que las parcas recolectaron en España en 1936. Su inquietante voz, que parecía apagarse entonces, había sido durante lustros uno de los más puros gritos de autenticidad contra la mezquindad y la miopía de la España torpe y zafia, que tantas veces los españoles de buena voluntad —pero de no tan buenas obras— hemos decidido hundir y a la que clavamos un rejón de muerte hace veinticinco años. Pudieron temer entonces algunos que con la muerte de Don Miguel se apagara la voz de la autenticidad hispana, como escribió entonces, con su aguda clarividencia, Ortega y Gasset. De haber sido así se hubiese frustrado uno de los jalones

esenciales de nuestro pensamiento y la intención misma del esfuerzo intelectual de Unamuno. Pero como él había también previsto, su voz perduró gracias a su obra, repitiendo su eco de libro en libro, como de labios al corazón, para ser siempre gustado por hombres jóvenes en años o en alma. No se equivocó, pues, Don Miguel, cuando escribía:

"Cuando me creais más muerto
retemblaré en vuestras manos...
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, quien en ti vibra".

Sin embargo, esta misión de aguijón y acicate, de autenticidad y energía no estuvo exenta de paradoja. Unamuno acaso no pudo conseguir ponerse de acuerdo consigo mismo, pese a que a ello dedicase toda su vida; pero es que sólo los romos de espíritu y los tontos de solemnidad son capaces de sentirse satisfechos consigo mismos y de permanecer idénticos e invariables. Precisamente Platón identificaba ya la ignorancia y la vacuidad con la satisfacción de sí mismo; la ignorancia, decía, permite al tonto creerse sabio, al malvado bueno, y hasta al feo bello; y la sabiduría popular castellana ha atribuido a los sabios la facultad de cambiar de opinión. Frente a la España de mucho oropel y poco oro, de la Restauración, del cuplé y del pan y toros, Don Miguel representó el intento de no resignarse a esos "encasillamientos", tan queridos de tantos buenos y castizos españoles que malgastan los talentos que Dios y España les ha dado, por despreciar cuanto ignoran. "Buscan —escribía— encasillarme y meterme en uno de los cuadriculados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquiera de esos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única". Por desgracia, ni siquiera eso consiguió y encasillado tuvo que vivir, encasillado murió y encasillado sigue para todos aquellos que, inútilmente, a Dios gracias, quieren utilizar su nombre para unas u otras banderas o banderías.

Pero esta posición de la resistencia al encasillamiento se ha convertido, empero, en la primera lección filosófica de Unamuno. Nadie, de acá o de allá, puede, sin ofender su memoria o faltar a su intención, sacarlo como escudo o como bandera; pero esto es así no por accidente o poder del genio de Unamuno, sino por posición epistemológica. Don Miguel solo quiso ser siempre —y pese a todo y todos lo ha conseguido— testimonio de la limitada pero inevitable sabiduría humana. Esta única pertenencia la matizó con su esfuerzo para señalar la vía hacia la existencia auténtica, apoyada en el saber y en el creer. Nadie subrayó tan agudamente la limitación del puro saber técnico y positivo, que hoy tiene em-

baucados a tantos, aun entre los que presumen de monopolizar el espíritu; para vivir, decía, es necesario saber y crear, desentrañar toda la problemática de nuestra vida, para no comprometerla por rutas inútiles o caducas. Por esto su rica temática de literato y pensador, orquestada en múltiples y ricas formas: teatro, novela, ensayo, poesía, viajes, cartas, etc., tiene siempre como tema de fondo el problema de la existencia personal y concreta, la varia y multiforme vida, vivida por el hombre de carne y hueso, como él gustaba decir. Cada uno de los personajes de sus obras es un problema o un intento de solución a las instancias que nos presenta la vida. Así, a los veinticinco años de su muerte, cuando tantos otros son sólo nombre, recuerdo y humo, Don Miguel conserva la perenne frescura de su inquieto pensamiento.

La segunda lección del pensamiento de Unamuno nace de su concepción de la dialéctica del ser del yo y del otro; la propia persona es diálogo. Hace más de sesenta años que Unamuno se hizo la pregunta fundamental: ¿Qué es vivir? A esta pregunta ha respondido: vivir es más que vivir, es ante todo, buscar la perpetuación. Por esto, el problema esencial del hombre es el de su existencia; el de vivir, indudablemente, pero no vivir de una manera cualquiera, haciendo obras maestras o pucheros—como en una ocasión decía Goethe— sino viviendo de una manera auténtica, personal. En el análisis de esta vía auténtica, Unamuno ha encontrado que nuestra existencia personal exige por su propia naturaleza la de “otras” existencias personales. Vivir, ha dicho Unamuno, es convivir. Una persona aislada, todavía no es una auténtica persona, es un individuo, una gota en la masa, pero no un hombre con conciencia personal. El aislamiento del hombre de los demás, no es una liberación, sino un peligro, ya que compromete la esencia misma de nuestra vida. El yo, por tanto, exige la existencia de los otros. Para vivir una existencia auténtica es preciso conocer los problemas fundamentales de nuestra vida, pero es necesario también no ignorar los problemas de la vida humana en general; y estos problemas han conducido a Unamuno hasta la pregunta fundamental acerca del sentido de la vida y de la muerte. La muerte no es solamente un fenómeno biológico que clausura la vida; ante todo, la muerte es la explicación final de la existencia de nuestra vida, del existir personal del hombre concreto que yo soy, del hombre de carne y de hueso, como Don Miguel gustaba decir.

Cuando en la soledad de la meditación penetramos en el ser mismo de nuestra vida, en la intimidad del yo, lo que aprendemos es que nuestro ser está limitado; precisamente la conciencia que cada cual tiene de sí mismo, no es otra cosa que la conciencia de los límites de su ser; y en el umbral mismo de esta limitación lo primero que encontramos frente a nosotros son los otros: sea ese otro vago y confuso de los demás, sea

ese otro de los seres personales que amamos u odiamos, sea el ser "otro" por excelencia, el distinto a los hombres: Dios.

Cuentan aún los más viejos amigos de Unamuno, que Don Miguel tenía la costumbre, cuando se paseaba por el viejo claustro del Convento de San Esteban, de acercarse al pozo que hay en el centro del patio, inclinarse sobre su boca y repetir siempre las mismas palabras: *yo, yo*. El eco repetía también este pronombre, y Unamuno escuchaba una vez y otra, con una mezcla de avidez, de entusiasmo y casi de miedo, la reproducción de su voz, como si ya no fuese la suya. Esta actitud es quizá la mejor representación ejemplar de la postura del pensamiento de Unamuno delante de la realidad que le rodea, ante la naturaleza de los hombres reales o de los entes de ficción, incluso de Dios mismo. En el paisaje, del que fue certero y parco pintor, Unamuno no figura nunca la naturaleza física, sino que más bien contemplaba su propia alma proyectada sobre el paisaje, hecha tierra seca en los campos de Castilla, convertida en sillar con las piedras doradas de Salamanca o transformada en álamos en La Flecha, el viejo lugar de retiro de Fray Luis de León, tan amado por Don Miguel. Ante los demás hombres también Unamuno proyectaba su ser, su manera personal de ser, por medio de un monólogo interno en el cual sus silencios, o las palabras de sus interlocutores, apenas eran divertimentos o signos de puntuación de un ininterrumpido discurso; y ante los entes de ficción el *yo* de Unamuno se imponía sobre los personajes por él creados, como en *Niebla*, que trabajaba como fragmento de su alma, haciéndolos discurrir por los mismos cauces tortuosos o rápidos de su pensamiento. Más de un personaje de sus obras haría como él mismo: lanzar preguntas sin esperar jamás una respuesta. Precisamente aquí reside la clave del hecho singular de que el pensamiento de Unamuno haya encontrado su cauce más fecundo, no en el ensayo, sino en la novela, en el teatro y en la poesía. Pero un tipo de novela que le sirve para hablar de tú a tú con todos los hombres, y una poesía para monologar con Dios. Por esto ha creado —casi medio siglo antes que los novelistas mal llamados existencialistas— la novela ontológica, donde el tiempo, el lugar, el medio, el paisaje o la psicología apenas existen, donde lo que importa es el ser de los entes de ficción, el ser de sus personajes, que le sirven de método de acercamiento al problema de la existencia personal. De este modo, todo el pensamiento de Unamuno confluye en una proposición muy simple: el yo sin el otro no es un auténtico ser, no es un ser completo; pero estos otros que completan mi ser, son al mismo tiempo el gran peligro de que mi ser sea invadido por los otros. El hombre sin los demás hombres, no es un auténtico ser humano; pero el verdadero peligro del hombre concreto, del hombre personal, es precisamente la banalidad de la existencia del hombre en general.

El tercer gran problema del pensamiento de Unamuno, nacido de su

concepción extensiva del ser, es el de la libertad. Nuestro ser consiste en querer ser más que ser, en ser auténticamente lo que es la existencia personal y no banal; pero este ser existe en el permanente peligro de dejar de ser "uno mismo" para convertirse en "otro"; es la libertad, que no es una decisión de apoyo intelectual, sino algo así como un deseo de liberación del peligro de dejar de ser, cuya meta, empero, nunca se alcanza en esta vida y cuya proyección da origen al sentido agónico de la existencia. Por esto las relaciones ontológicas de ser a ser no son contradictorias con el esfuerzo de la libertad. El ansia de ser más que ser, de ser "uno mismo", nos lleva a los demás, para adueñarnos de su ser, por el amor, por ejemplo, pero también para conjuntar su ser por medio de la acción intelectual. El radical pánico ontológico que existe en la raíz misma del ser, conduce, pues, al hombre al amor, a la continuidad de la especie, a la amistad, a la familia, a la sociedad, a la cultura. Ante los textos de Unamuno —tomados, claro está, en su integridad, con su contexto y a lo largo de su extensa obra—, asombra la curiosa y repetida afirmación del anticientifismo de Don Miguel, quien por el contrario, en más de una ocasión dijo que el hombre modifica su medio, lo transforma y crea un mundo suyo, frente al mundo dado. La tierra, dice, es en gran parte obra del hombre. La técnica humana no es una simple actividad pragmática, sino una dimensión de la historia del espíritu humano, que ultranaturaliza —por no decir "sobrenaturaliza" que sería ambiguo—, el mundo de lo meramente natural.

También la sociedad, desde sus formas más viejas —la sociedad de amor y la sociedad de amistad— nace de este esfuerzo de liberación. La raíz del primero es el instinto de perpetuación; la del segundo el temor al pánico ontológico, a quien designa Unamuno con el término harto equivoco de "dolor". Este dolor es la conciencia de los límites de nuestra soledad, que crea un vínculo más hondo que el del amor de los cuerpos. Pero unos y otros, los lazos de la pasión y del dolorido amor, constituyen una protesta existencial contra el único real enemigo: la mordedura interior del no ser, de la nada, de la muerte. Y de aquí nace la fuente de la sociabilidad humana y de todo el desarrollo cultural que ha sido posible gracias a ésta. La cara interna, —autovivida, personal e integrada en el ser—, es la cultura; el rostro externo, dado como común e integrado en lo impersonal, constituye la civilización. Pero frente a la frívola posición de condenar a la civilización en nombre de la cultura, Unamuno precisa que la civilización es la matriz de la cultura. El fin de la civilización es cultivar al hombre, producto supremo de la civilización y hecho eterno de la historia; de los escombros de cada civilización surge un hombre nuevo. Por esto, el hombre de hoy es libre y sirve al hombre si sabe descubrir y aun acelerar la tensión entre cultura y civilización, que descubre al hombre nuevo del mañana. Intentar dominar al hombre

no es ampliar el campo de nuestra libertad, porque no se puede dominar sin ser uno a su vez dominado, tanto en el campo de la acción como en el del pensamiento.

Esta concepción nos permite entrar con cierta claridad en el cuarto problema fundamental del pensamiento de Unamuno: su concepción de la ciencia, en cuya interpretación son extraordinarios los errores por visión parcial. Desde que Curtius dijo que Unamuno hablaba siempre con un tono de desprecio de la ciencia, muy pocos se han preocupado de leer los textos en que aparecen los juicios sobre el saber de Don Miguel. Para Unamuno, en primer lugar, la ciencia es uno más de los aspectos de la lucha por ser "uno mismo", un resultado del pánico ontológico. La ciencia tiene así una significación fundamentalmente espiritual: la aceptación de la verdad y la manifestación de la sinceridad. La única posible "religión de la ciencia" —dice Unamuno frente al positivismo—, es la humildad del sometimiento de la razón a la verdad. Incluso la erudición —tan ridiculizada por Don Miguel— es un fructífero ejercicio espiritual de humildad, pues un solo dato puede echar por tierra toda una muy querida teoría de nuestra razón. El culto de la verdad por la verdad es uno de los ejercicios espirituales que mejor educan y fortifican el espíritu humano. Por esto, hacer de Unamuno un anticientífico, no tiene sentido alguno. Es cierto que coloca el valor ético de la ciencia sobre el material y pragmático, pero para después subrayar éste último, pidiendo en su tiempo una sociología estadística, clamando por la enseñanza de la psicología científica (cuando aún somos tan pocos los que la cultivamos en España), exigiendo que la enseñanza en las Facultades de Filosofía y Letras no se haga a espaldas de los conocimientos científicos naturales, condenando el verbalismo de nuestra educación, etc. A quienes condenó Unamuno fue a los beatos de la poca ciencia, devotos del más estrecho positivismo, "masonería internacional con aduanas en sus puertas"; a los técnicos embobados, adoradores del telégrafo o de la astronomía barata; a la sofistería de los abogados de "pleito y olla"; y a las fáciles argumentaciones de los malos sermoneadores.

Llegamos así en este análisis precipitado, casi funambulesco, que diría Don Miguel, a la pregunta última sobre la intención filosófica de Unamuno. Para comprenderla hay que partir del ambiente positivista del que arrancó Unamuno y que ya ha sido eficazmente estudiado, y que dio origen a la crisis espiritual de Don Miguel. Por esto, hay que huir un tanto de exagerar las influencias; Don Miguel busca en los demás lo que le parecía más cercano a sí mismo, y aún en el caso de Kierkegaard (leído a partir de 1900, concretamente después del 3 de abril), la ideología de Unamuno estaba ya claramente afincada. Así en el caso del influjo de Kant, más que un eco de la ideología kantiana, hay en Unamuno una "actitud kantiana", con todo lo bueno y malo que esto quiera decir, apoyada

en la admiración de Don Miguel por el salto —el “volatín inmortal” que diría Antonio Machado— de la razón pura a la razón práctica. Toda polémica, pues, para etiquetar la posición de Unamuno bien poco puede aclarar, salvo ofuscar la inteligencia y a veces hasta cegar la caridad.

Cuando en una ocasión, hace más de diez años, tuve que aventurar una definición de la posición filosófica de Unamuno, califiqué a su misión de “socrática”, comparación que ha tenido mejor suerte que la que año y año yo podía esperar. Y este aguijón paradójico, inquietante —y por qué no decirlo— amargo, de la intención socrática de Don Miguel, explica su atractivo sobre las mentes jóvenes. Es cierto que Unamuno arropó parte de su inquietud con una ideología religiosa poco ortodoxa, al menos en la forma, y a veces aún deliberadamente heterodoxa, en cuyos escollos y fáciles sirenas algunos inadvertidos suelen quedar. Pero esto es lo fugaz, pasajero y temporal de Don Miguel; lo que la inteligencia no puede aceptar y la caridad debe olvidar. Por debajo corre siempre soterrado y fructuoso el torrente de la tradición cristiana y aun el hábito de la fe, que inspiró las más bellas de sus páginas. Así, a la vuelta de estos veinticinco años, sentimos que tras aquella visita definitiva de su perenne amiga y enemiga la muerte, Don Miguel habrá encontrado la Paz de Aquél que tanto buscó, por tantos y tan variados caminos, no todos seguros ni ciertos, aunque sí apasionados, para alcanzar aquella meta que cantó en hermosos versos:

“Y en los ojos del Eterno,
Padre tierno,
de vuelta al eterno hogar,
gota de lluvia en océano
soberano,
se habrá mi alma de anegar”.

Si Graham Green, cuyo paralelo con Unamuno es innegable en ciertos aspectos —como alguna vez y ya hace años indiqué de pasada—, decía de uno de los personajes de su obra *El poder y la gloria*, del famoso “cura del aguardiente”, que nosotros no sabemos con qué medida de perdón y de amor juzgará Dios a esos hombres siempre en lucha solitaria, lo menos que nosotros podemos pensar ahora es que de Don Miguel sólo queda la lección de verdad y de amor. Verdad y amor por la existencia personal auténtica del hombre, verdad y amor por la España que tanto amó y tanto le dolió, Verdad y Amor por ese Otro, que se escribe con mayúscula y con el que luchó Unamuno como Jacob con el Angel. denás lo habrá dicho Dios con el juicio de la misericordia.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ